

interés individual es el único que puede establecer la verdadera relacion entre el consumo y la produccion, fijar el precio medio, y determinar la parte del territorio que se debe emplear en monte.

Estas son las razones que los partidarios de la venta de los montes del Estado presentan á favor de sus doctrinas. Y si en el siglo de discusion, que felizmente hemos alcanzado, el argumento de autoridad tuviera valor, bastaria recorrer la lista de los economistas de la época actual y se encontrarian agrupados sus nombres en dos grandes clases.

Proponen y defienden la venta Frunk, Hazzi, Hfeil, Soden, Murhard, Krug, Schmalz, Jacob y Lotz. Atacan estas opiniones Nechaner, Linz, Wede-Kund, Papius, Hazzel, Müller, Rau, Hundeshagen, Behr, Justi, Sonnenfels, Weber, Fulda y Schenk. Estas falanges sostienen una discusion viva sobre este asunto, cuyo resumen podria formar materia para un buen tomo.

La juventud alemana dirijese por la esperiencia de la generacion pasada y amaestrada en la discusion sostenida por los economistas que acabamos de citar, no defiende la venta de los montes del Estado y pide constantemente se espere á que el tiempo ofrezca mas pruebas en este problema.

La conservacion de los montes, dicen, es tan importante para la felicidad pública, que cuando se trata de ellos bajo este aspecto que es el que corresponde al gobierno, no se debe consultar solamente las ideas de especulacion.

Los perjuicios que pueden resultar de los vicios de un personal numeroso, se disminuyen considerablemente con una organizacion severa. Ademas este mal, si existe, es comun á todos los propietarios, y el particular tendria que luchar con los vicios de un numeroso personal, que un gobierno puede destruir con los infinitos medios de

castigo y de premio de que puede disponer á toda hora.

En las naciones en donde el servicio de montes está organizado, el personal queda espuesto al juicio del porvenir; porque en este ramo es donde los hechos tienen consecuencias de siglos, que es lo que dura la vida de un árbol: la conducta de un empleado no solo se examina por los contemporáneos sino por la generacion venidera, y esta circunstancia es un gran estímulo para el hombre, aunque esté pervertido, con tal que pertenezca á un cuerpo facultativo.

De todo lo que hemos espuesto resulta que los montes deben estar en las manos de los grandes propietarios ó lo que es lo mismo que el principio de la division de la propiedad no se puede aplicar á la forestal con las mismas ventajas que se aplica á la rural y esto se ha fundado en las razones siguientes:

1.^a El aprovechamiento de los montes exige un productor, que tenga un capital bastante crecido para pueda sufrir sin pérdida la falta de renta durante algunos años.

2.^a El aprovechamiento periódico y por lo tanto constante exige un propietario, que sea bastante rico, para conservar durante muchos años su capital en leñas y maderas sin reducirlo á dinero hasta que el interés general lo exija y los agentes naturales lo permitan para que el repoblado se efectúe sin gastos de cultivo.

3.^a El capital aplicado á la produccion forestal, solamente da un buen rédito, cuando se tiene un gran territorio cubierto de monte.

4.^a El aprovechamiento de los montes está basado en la potencia de los agentes naturales: el trabajo del hombre se reduce á no perturbar su marcha. El pequeño propietario ayuda á la naturaleza, la obliga á producir en el tiempo y modo que le conviene y el trabajo crea

mas valores en la industria rural que la misma naturaleza. En la forestal sucede lo contrario.

5.^a Los montes están espuestos á muchos peligros cuando están en manos del especulador ó del necesitado.

Estas relaciones se encuentran tambien realizadas en la propiedad forestal de todos los paises del mundo, y no podia menos de ser así puesto que lo contrario es un imposible. Prescindiendo del origen de la propiedad forestal, tan diverso en España del que tuvo en Alemania y Francia, en todos los paises se vé que la propiedad forestal no sólo ha estado acumulada en las manos del Estado y de los señores, sino que cuando se pensó en su division jamás se pasó mas adelante de la division de valores, como sucedió en España con las llamadas comunidades, que tanto se asemejan á las pretensiones de algunas escuelas francesas del siglo actual y que han sido al menos entre nosotros la causa de la decadencia de los montes de la Península tan celebrados en otro tiempo.

Al llegar á este punto naturalmente hemos de tocar la cuestion tanto tiempo debatida de la venta de los montes públicos, es decir, si el gobierno debe ser productor en este ramo ó se debe abandonar la produccion forestal al interés particular y si el consumo de maderas y leñas se ha de efectuar del mismo modo que el consumo de los otros artículos.

En el estado actual de Europa el monópolio del gobierno es imposible. No se puede esperar monopolio en este ramo, porque la concurrencia restableceria el equilibrio, y porque por tesis general todo monopolio trae consigo una reaccion que paraliza al especulador mas amaestrado en la escuela de la estafa.

Finalmente los caracteres diferenciales del aprovechamiento de los montes, fundados en el lento crecimiento de las plantas silvestres hacen peligroso para un

pais el tránsito de la propiedad de las manos del gobierno y de las corporaciones al interés individual, porque este no espera á que la naturaleza le ofrezca la renta anual sino que realiza los capitales, que compra y deja abandonado un suelo improductivo. Buenos ejemplos de esta verdad tenemos en la historia económica de Francia y España.

De todos modos los partidarios mas ardientes en España de la division de la propiedad y de la desamortizacion convendrán con nosotros al menos que el gobierno debe poseer aquellos montes necesarios para la salubridad, para la fertilidad, y para la belleza del pais.

AGUSTIN PASCUAL.



CRISIS ECONOMICA DE ESPAÑA

EN 1847 (1).

EN la mayor parte de los estados occidentales de Europa se ha dejado sentir de algun tiempo á esta parte una falta de numerario, una escasez de subsistencias y una paralización industrial que ha puesto en crisis á la administración rentística y al comercio de casi todos ellos. España ligada con estrechos lazos políticos y comerciales con dichos países no ha podido menos de sufrir igual suerte. Pero la crisis no llama tanto la atención en España porque es su estado normal. En política, en administración y en economía el estado regular y permanente de nuestro país es por desgracia la crisis continua, es decir, el desquiciamiento constante de todos los elementos que debieran contribuir al ejercicio regular de los poderes públicos, al orden y al desarrollo de la riqueza. No hablemos para probar este aserto de los tiempos en que la nación se ha hallado regida por un gobierno absoluto. Fundado este en el capricho y en el favoritismo sostenia

(1) Por la abundancia de materiales no pudo insertarse este artículo en el número anterior.

todas las dependencias de la administración el error y la ignorancia. Monopolizados todos los ramos del saber todos los elementos industriales y todas las atribuciones gubernativas descuidaba el estudio de los males públicos que apenas sentia y que por lo mismo no trataba de curar sino empírica y desacertadamente. Hablemos de la época constitucional en que nos hallamos.

Grandes sin duda han sido las dificultades con que el nuevo régimen ha tenido que luchar. Para apreciarlas sin embargo con alguna exactitud debemos dividir las en dos clases á saber morales y materiales.

Entre las primeras llaman desde luego la atención la falta de conocimientos, la escasez de ideas y la carencia absoluta de costumbres libres que experimentaba el país al inaugurarse un nuevo sistema, que exigiendo la cooperacion de los ciudadanos para dirigir conforme á sus deseos y necesidades el gobierno del Estado, exigia desde luego como indispensables aquellos elementos. Los últimos progresos de la filosofía casi no habian penetrado todavía en la Península. No contaba la España ningun Voltaire, ningun Rousseau así como tampoco habia visto salir de su seno ningun Fenelon, ningun Bossuet. Por el contrario, el fanatismo dominante entre nosotros en el último siglo y primer tercio del presente redobló sus esfuerzos para contener y ahogar en su cuna el genio del saber y las ideas de libertad, inseparables compañeros que se abrian paso al través de las densas tinieblas en que la nación se hallaba. Y lo consiguió en efecto para mal de este país, cuya mayoría al entrar en 1854 en la nueva senda de su regeneracion política y social, no tomó en ella mas parte que la que toma el público que asiste á una funcion de teatro; aplaudir ó censurar á los actores. La lucha comenzó entre estos. La clase media mas inteligente que las otras, cuyo instinto suplía á una razon ilustrada con el estudio y cuya con-

ciencia pura ocupaba ventajosamente el lugar que llenan en todo pais libre los hábitos constitucionales, tomó muy luego parte en ella arrastrando tras si á otros menos dispuestos á conocer la importancia del movimiento, pero igualmente decididos á defenderle. No fué estéril este entusiasmo que supieron escitar los mas avanzados liberales que figuraban en la escena pública. La nacion tenia grandes dificultades que vencer y solo escitando su patriotismo y presentándola como en relieve y en toda su latitud las ventajas que debia prometerse, podia contarse con su sangre y sus tesoros para vencer á los enemigos de la libertad que cruda y ferozmente la combatian en nombre de la religion y á la sombra de un príncipe fanático é inepto. Pero no son solo el valor y el entusiasmo las únicas ni aun las principales dotes necesarias para consolidar en un pais, largos años trabajado por el despotismo, las ideas de libertad. Son ademas precisas la instruccion, la moral política, la prudencia, la abnegacion, en una palabra, las virtudes públicas que no se inspiran sino poco á poco y á vuelta de grandes ejemplos y de perseverante constancia.

Respecto de los obstáculos materiales, encadenada como estaba la industria con mil prescripciones vejatorias, gravado el comercio con multitud de trabas y gabelas, abrumada la agricultura con el peso enorme de una contribucion especial que arrebatava el diezmo de sus productos, entorpecido el ejercicio de las artes y el empleo del trabajo individual en los oficios mas necesarios, abandonada la mejora de las comunicaciones, estancada en manos muertas la 4.^a parte y la mas productiva del territorio que se destinaba con perjuicio de la poblacion á asegurar el pan cotidiano á unos cuantos miles de corporaciones religiosas y á fomentar en ellas la ociosidad, gérmen el mas fecundo de todos los vicios, hacíase necesaria una revolucion económica y social, cual

todavía no se ha verificado por completo, que aumentase la producción animando y aun santificando el trabajo, que proporcionase una distribución equitativa y conforme á los principios de justicia y á las prescripciones de la caridad bien entendida y que permitiese el mayor consumo posible, dando mayor desarrollo á las necesidades humanas y acostumbrando al pueblo á la economía, al orden y á la prevision en la satisfacción de ellas.

Dicho se está que á pesar de la variación experimentada en la forma del gobierno esta reforma económica no se ha obtenido por completo. Tampoco la nueva organización política ha sido tan favorable al país como debiera bajo el punto de vista de los intereses morales. Los hombres influyentes en general y salvas algunas honrosas excepciones no han descuidado en medió de las tareas públicas de que se hallaban encargados el aumento de sus fortunas particulares, convirtiendo muchos de ellos en elemento de prosperidad propia los medios que la sociedad les confiara para labrar la general. Empleos, riquezas, títulos, honores, tales han sido los resortes que han movido á muchos hombres en el ejercicio del poder. La clase media, nervio principal del nuevo sistema, que ha visto abrirse delante de sí un dilatado campo de porvenir y de gloria, poseída de ambición se ha lanzado en masa, solicitando cada cual en él un puesto ventajoso y distinguido que poder explotar en provecho propio. El elector influyente ha monopolizado su influencia; el diputado su posición; el ministro su poder; y en el interin el pueblo apenas ha experimentado beneficio alguno; el labrador, el artista, el manufacturero, el comerciante, no han mejorado su posición social; el obrero no ha adquirido mayor instrucción ni más moralidad, las fuentes en suma de la riqueza pública no han obtenido el deseado desarrollo. Y ciertamente que no son los más avanzados liberales los que pueden señalarse como

causantes de estos males que desarrollados hoy mas que nunca corroen la sociedad en que vivimos. Los únicos elementos que hoy sostienen en pie al pais en medio de la debilidad que los crecidos gravámenes, la mala administracion y el despilfarro causan se deben á ellos. La desamortizacion civil y eclesiástica, la supresion del diezmo y otras medidas justas adoptadas por ellos, son quizá la causa única de que esta nacion no se halle hoy entregada á la desolacion y á la miseria. A no haberse adoptado aquellas medidas de seguro que no hubiera podido despues exijirse á la nacion la enorme suma de 1,500 millones para sostener una administracion dispendiosa. A no haberse adoptado aquellas medidas que tanto fomento dieron á la agricultura, de seguro que el pais no hubiera podido soportar la crisis penosa que atraviesa patentizada con la escasez de subsistencias; ni haberse creado esas colosales fortunas, que monopolizando el capital circulante y el numerario de la nacion la causan enorme daño. Pero tomemos las cosas tales y como se encuentran: estudiemos sus males y marquemos los remedios que deben aplicarse. Largos años de revueltas y trastornos han impedido (queremos formarnos esta ilusion por no ofender á nadie) que se vean satisfechos los buenos deseos de los que han regido los destinos del pais. En ellos no se han economizado los proyectos estériles, la manifestacion de teorías no estudiadas, ni beneficiosas ni aplicables en gran parte á nosotros. Se ha copiado con muy poco acierto y se ha traducido no bien las mas veces lo que en un pais vecino se ha hecho en estos últimos tiempos. Se han importado en general los vicios de la administracion actual francesa, sin tener en cuenta el clamor general que contra ella se levanta; su exagerada centralizacion, ese continuo abuso del poder, segun la espresion feliz de un moderno publicista, que entorpece la actividad social, convier-

te al gobierno en una inmensa manufactura y le impide dirigir su accion hácia los grandes objetos que le estan encomendados. Este monopolio en el poder no ha podido sostenerse sin favorecer el monopolio de los capitales y sin estender por toda la haz de la nacion una espesa red de empleados y agentes. De aquí dos hechos capitales que entre nosotros se observan: 1.º la sed de riquezas que devora á los hombres influyentes: 2.ª la ambicion cada vez mayor de mando y de empleos que se apodera de una clase numerosa de la sociedad: consecuencias inmediatas de estos hechos son otros no menos fatales de que hemos sido y somos aun testigos y victimas. El monopolio de los capitales por medio de esa monstruosa porcion de sociedades creadas mas bien con un fin bur-sátil que con el de favorecer la produccion; el monopolio de la influencia y del poder por medio de esos continuos arreglos de oficinas y esa multitud de nuevos planes creados mas bien con dicho objeto que con el de simplificar y hacer mas acertada la administracion. Tales son los hechos principales que desde luego se presentan á la vista del hombre observador.

El monopolio de los capitales ha producido y está produciendo fatales consecuencias. Muchas de las empresas creadas ó no han puesto en planta sus especulaciones ó las han comenzado, deteniéndolas despues en vista de la pérdida que sufren las acciones. De aquí una paralización en alto grado perjudicial, pues retira de la circulacion y aparta del buen empleo una porcion de numerario que pudiera ir á animar á la agricultura y á las manufacturas y dedicarse con mucho fruto á remover los obstáculos que hoy se oponen á su progreso y mejora. Porque en efecto, las clases industriosas, y en esta comprendemos á la agricola, se quejan y se quejan con razon del estado de atraso en que se encuentran y piden aunque en vano y á nuestro entender erróneamente que

se les dé proteccion. Los fabricantes y manufactureros especialmente, clases mas movibles que la agrícola, se reunen, forman sociedades, y piden á voz en grito proteccion para sus intereses. El principio ó fundamento de su peticion es justo. Se hallan rodeados de abtáculos, gravados de impuestos, faltos de recursos y de elementos y por lo mismo es natural que demuestren este mal estar; pero repetimos que al pedir proteccion creemos que piden un absurdo, ora se considere la proteccion económica, ora materialmente. Lo 1.º porque los adelantos de la ciencia y nuestra propia esperiencia han demostrado que la proteccion, esa proteccion que se reclama y que se funda en la imposicion de altos derechos á la introduccion de iguales artículos estrangeros es dañosa mas bien que beneficosa á las mismas industrias, y altamente gravosa al país: Lo 2.º porque si el gobierno habia de proceder con justicia deberia de dispensar una proteccion igual á todas las industrias, en lo cual era muy dificil que convinieran ellas mismas, pues al reclamar proteccion cada una no hace sino pedir un privilegio, y un cúmulo tal de privilegios no podia sostenerle ningun gobierno. Semejante sistema ademas aislaria al país de todos los otros; le haria pagar muy caro los artículos que consumiera, y le gravaria con enormes impuestos para sostener un numeroso ejército que persiguiera un contrabando que saldria vencedor todos los dias como hoy sucede. La proteccion que á las industrias asi como á la agricultura se debe es de otro género, es la proteccion general que reclaman todos los intereses sociales; es la estincion del monopolio en todos los atrincheramientos en que se guarece; es la remocion de todos los obstáculos, la rebaja de los impuestos, la facilidad en las comunicaciones, la baratura de todos los artículos. Limitada á esto la proteccion la deseamos, la defendemos. Por esto señalamos poco antes el monopo-

lio de los capitales como un mal para las clases productoras; y al mismo objeto hemos consagrado todos los artículos de nuestra Revista y consagramos las actuales reflexiones sobre nuestro estado actual. «Cuando la agricultura, decia el célebre Jovellanos en su informe sobre la ley agraria, haga abundar por una parte la materia de las artes y los brazos que las han de ejercer, cuando por otra haciendo abundar los mantenimientos abarate el salario del trabajo y la mano de obra, la industria tendrá todo el fomento que puede necesitar; y cuando la industria prospere por estos medios prosperará infaliblemente el comercio y logrará una concurrencia invencible en todos los mercados. Entonces las profesiones mercantiles no tendrán que esperar del gobierno sino *aquella igualdad de proteccion á que son acreedoras en un estado todas las profesiones útiles*. Pero proteger la industria y el comercio con gracias y favores singulares, protegerlos con daño y desaliento de la agricultura es tomar el camino al revés ó buscar la senda mas larga mas torcida y mas llena de riesgos y embarazos para llegar al fin.»

Volvamos la vista á ese monopolio de la influencia y del poder por medio de esa ilimitada estension de facultades, de esos arreglos incesantes de oficinas y esa multitud de nuevos planes creados mas bien con objeto de ejercer aquel que como medios de simplificar y hacer mas acertada la administracion. ¿Cuántos hombres no desertan de las industrias por afiliarse á este cómodo medio de hacer fortuna? ¿Cuántos brazos no se arrancan por este medio al trabajo productivo? ¿Cuántos seres completamente improductivos no pesan con la pesada carga de cuantiosos sueldos sobre las industrias? ¿La inteligencia y la laboriosidad, cualidades indispensables para ejercer cualquiera profesion por qué no se han de establecer como in-

dispensables para obtener todo cargo público y por qué no se ha de exigir un título que los acredite para entrar en el servicio del Estado? ¿La inteligencia y la laboriosidad no son dos elementos que simplifican y perfeccionan el trabajo? ¿Y por qué no se han de aplicar á los empleos públicos, proporcionando al país una inmensa economía en cuanto al número, y una importante ventaja en cuanto al resultado? Si se adoptan estas economías y con arreglo á ellas se bajan los impuestos: si nuestras comunicaciones se mejoran; si los obstáculos que entorpecen el progreso de las industrias se apartan y destruyen, ¿qué mayor protección se pretende? Con ellas se darían por contentas la agricultura y la mayor parte de nuestras industrias. Y si bien alguna que otra, poco adaptable á nuestro país en el estado actual ó que carezca de ciertos elementos que abundan en otros, pudiera hallar todavía desventaja en su comparación con la extranjera; téngase presente que para compensar esta desventaja cuenta en España toda industria con un favor que no disfrutan en la mayor parte de los países. Tal es la baratura de la mano de obra á consecuencia de la baratura de las subsistencias: pues si bien hoy no es este notable por causas bien accidentales y transitorias, nadie desconoce que la posición, el clima y la feracidad de nuestro país son tales, que solo necesitan una administración buena y barata, para que la vida del obrero sea tan cómoda y económica como pudiera apetecer. «La vida á poco coste, dice Clapier (1), tal es el gran problema de los tiempos modernos; tal la alta y vasta cuestión que debe ocupar incesantemente la atención de los ministros y de los hombres de Estado. Al país que primero llegue á resolverla pertenece la fuerza, la influencia y

(1) Artículo traducido en nuestra Revista entrega de junio página 455.

«el poder.» Nos hemos estendido quizá mas de lo que convenia en este lugar, al hablar de una cuestion que mas despacio nos proponemos examinar, pero que era forzoso indicar aunque de paso por la íntima relacion en que se halla, con una de las causas de la crisis que analizamos, el monopolio de los capitales: volviendo ahora á la fatal influencia, que dicho monopolio ejerce sobre todas las fuentes de la pública riqueza, añadiremos una observacion tristemente cierta á nuestro entender y que agrava de un modo anti-económico y terrible la suerte de nuestras clases productoras. La España es un pais eminentemente agrícola y en el cual la propiedad se halla muy subdividida. Estas dos circunstancias hacen que su progreso material, exija muchos capitales medianos que se esparzan por todas partes, y animen ese infinito número de establecimientos agrícolas que sostiene nuestro feraz suelo. La produccion agrícola exige crecidos gastos, adelantos y mejoras de mucho valor, comparados con las fincas en que se emplean y con los rendimientos inmediatos que producen; exige además la adquisicion de un capital moviliario considerable, y todo esto no puede verificarse sin animar el crédito agrícola, haciendo que los capitales que se amontonan para ocuparse en especulaciones bursátiles se esparzan por los campos y los fecundicen. El monopolio de los capitales es por esto mas fatal en nuestro pais que pudiera serlo y de hecho lo es en otros. Supongamos un pais eminentemente fabril ó comercial. La aglomeracion de inmensos capitales podrá ser dañosa á los empresarios menos ricos que sufren la competencia, podrá crear una aristocracia que con el monopolio de la riqueza, adquiera el monopolio del poder y se cree privilegios para si; al paso que subyugue á las otras clases; pero las industrias, el comercio que con dichos capitales se ejercen, considerados en abstracto, en vez de decaer progresan.

Las clases independientes disminuirán, pero no disminuirá el trabajo. En vez de empresarios industriales se convertirán muchos en obreros, en socios de grandes empresas. Su libertad se verá coartada; se verán forzados en vez de discurrir libremente por el ancho campo que las industrias presentan á la actividad humana á someterse á la influencia de los aristócratas y á ser sus instrumentos, sus súbditos; pero quizá no empeoran su material fortuna: se ven privados de progresar pero no retroceden; ven cerrado el camino que pudiera conducirlos rápidamente en alas de la fortuna al bienestar y á la riqueza, pero tampoco se ven impulsados por un viento contrario hácia el malestar y la miseria. Al agricultor le sucede lo contrario. El labrador que no puede disponer del capital necesario para alimentar su industria está próximo á su ruina: y hé aquí la ocasion de que demos nuestro parecer sobre la desproporcion entre el capital fijo y el circulante, la cual se ha considerado por algunos economistas ingleses y franceses (1) como una de las causas directas de la crisis financiera y comercial, que sufren hoy muchos estados de Europa. En los dos artículos que sobre esta materia hemos publicado en nuestros dos números de mayo y junio se examina científicamente la diversa naturaleza del capital fijo y del circulante, se hace un filosófico y detenido análisis de las diferencias que los distinguen, de los diversos usos á que se destinan, y de la influencia diferente con que ayudan cada cual por su parte á la produccion. Los autores estrangeros á cuya pluma se deben tan apreciables observaciones, concluyen deduciendo que el desnivel que han producido las inmensas construcciones de obras públicas, verificadas en estos últimos años especialmente en Inglaterra y Francia, ha hecho

(1) Véase los artículos insertos en nuestros números de mayo y junio.

que convertidos en capitales fijos los circulantes que tenían la misión de alimentar las industrias, experimenten estas una falta que viene en último resultado á alterar la armonía que guardan el comercio y la producción. Los razonamientos que aducen en prueba de dicho aserto han merecido una seria y detenida impugnación por parte de M. G. de Molinari economista francés (1): pero séase lo que se quiera respecto

(1) Hácese cargo este escritor de las dos causas que han determinado casi exclusivamente, según él, la crisis comercial y financiera en Inglaterra, á saber: la escasez de las cosechas de cereales y del algodón, y luego continúa: «A estas causas, que seguramente bastan por sí solas para explicar la crisis actual, algunos órganos de la prensa Inglesa, con especialidad el *Times* y el *Economist*, añaden además otra á saber, el vasto desarrollo de las empresas de caminos de hierro. El *Economist* ha consagrado una larga serie de artículos á apoyar esta tesis. Nosotros los hemos leído con la atención que merece todo cuanto sale de la pluma del sábio redactor del *Economist*, pero debemos confesar que las razones alegadas por el hábil escritor, lejos de convencernos han producido en nosotros una convicción enteramente contraria. Nosotros creemos que la rápida multiplicación de las empresas de caminos de hierro en vez de agravar la crisis, han contribuido por el contrario á hacerla menos intensa.

Toda la argumentación del *Economist* se funda en una distinción harto oscura entre el capital fijo y el circulante y en una apreciación evidentemente inexacta de los caracteres del capital fijo. Al construir la Inglaterra de dos años á esta parte un número tan considerable de caminos de hierro, dice el *Economist*, ha transformado en capital fijo una porción notable de su capital circulante, habiendo disminuido así las sumas de sus capitales disponibles. La insuficiencia de los capitales en la situación actual ha paralizado la producción manufacturera y reducido por consecuencia la cantidad de los objetos necesarios para saldar las importaciones.

de si las exageradas construcciones han determinado la crisis actual en otras naciones, tocante á la nuestra es lo cierto que semejante causa por desgracia no puede tomarse en cuenta para explicar lo que allí es solo un episodio de la

Para hacer conocer bien el vicio de este argumento remon-
témonos á las nociones mas vulgares de la ciencia. ¿Con qué paga una nacion sus consumos anuales? Con su renta anual; esto es indudable. Lo mas comun es que ella gaste menos de lo que importa dicha renta y entonces aumenta su capital; pero puede suceder algunas veces, en un año malo por ejemplo, que su renta sea insuficiente para saldar sus gastos, y entonces en vez de aumentar su capital se vé obligado á desmembrarle.

Esto supuesto ¿cuál es el interés de una nacion, asi como el de un individuo? El de aumentar cuanto le sea posible su renta y pagar lo mas barato que pueda la masa de objetos necesarios para su consumo. ¿Y cómo aumenta su renta una nacion? Haciendo que el trabajo sea cada vez mas productivo, desarrollando con preferencia los ramos de industria que proporcionen mayor interés al capital, y mayor salario al obrero. Cuando la industria y el comercio son libres, y cuando por consecuencia cada uno es dueño de aplicar sus capitales y su trabajo al empleo que le parezca mas ventajoso, es evidente que la renta nacional debe cada año recibir el mayor aumento posible. Es casi supérfluo indicar cómo paga una nacion lo menos caro posible los objetos de su consumo. Esto no se consigue sino dejando entrar libremente los géneros producidos con mayor baratura sin distinguir su procedencia.

Examinemos ahora si la Inglaterra ha aumentado su renta cuanto le era posible al haber dado ese prodigioso desarrollo á la construccion de los caminos de hierro.

¿Por qué los capitales ingleses se dirigen de algunos años á esta parte á la industria de los caminos de hierro mas bien que á otra cualquiera? Porque las empresas de los caminos de hierro dan mas utilidad que las otras empresas industriales; porque un capital aplicado á la construccion de un ferro-carril dá por término medio en la actualidad un interés mayor que otro capi-

146 vida del pais y entre nosotros forma toda su historia. ¡Ojalá
147 tuviéramos precision de dirigir hoy á ejemplo de los citados
148 economistas una halagüeña y satisfactoria querella por
149 tener demasiados caminos, hartos canales y un crecido

tal que se emplee en la explotacion de otra industria. Esta desi-
150 gualdad de productos se explica perfectamente. Los caminos de
151 hierro, estos instrumentos de la locomocion por cuyo medio se
152 produce económicamente una celeridad de diez á quince leguas
153 por hora mediante un precio de transporte mucho mas barato,
154 los caminos de hierro decimos, son un adelanto reciente y la In-
155 glaterra no posee aun bastantes para subvenir á sus necesidades.
156 Hasta que las líneas de ferro-carril que necesita se hallen ac-
157 badas, hasta que la produccion de esta celeridad económica de
158 diez á quince leguas por hora llegue á corresponder á las necesi-
159 dades del consumo, los propietarios de ferro-carriles gozarán de
160 una especie de monopolio, podrán subir el precio del producto
161 inmaterial que proporcionen al publico mas del nivel á que lo
162 tendria sujeto una concurrencia normal, y por consiguiente
163 obtendrán de sus capitales una renta mayor que la que obtienen
164 los productores de las otras industrias en que existió largo tiempo
165 una concurrencia suficiente. Hoy, las empresas de caminos
166 de hierro gozan de una verdadera prima, la cual atraerá los ca-
167 pitales á dichas empresas hasta que llegue el dia en que se desar-
168 rolle en ellas la misma concurrencia que existe en los otros ramos
169 de la produccion.

Lo que hoy acontece á la industria de caminos de hierro ha
170 acontecido, preciso es no olvidarlo, á la mayor parte de las in-
171 dustrias en las épocas en que se han establecido. Todas ellas en
172 un principio han rendido beneficios considerables y hasta que la
173 concurrencia ha hecho bajar estos beneficios escepcionales al
174 nivel de los que proporcionaban otras industrias, los capitales
175 se iban dirigiendo con preferencia á la industria nueva. Tales
176 es la historia reciente de las industrias de algodon, de lana, de
177 lino, etc. en Francia, asi como en Inglaterra, pero sigamos.
178 Si los capitalistas ingleses hallan mayor ventaja en emplear
179 sus fondos en las empresas de caminos de hierro que en otra al-